

una cantidad de obras menores que, en su conjunto, revelan personalidad, perseverancia y entregan filones ricos de un pueblo esforzado y enérgico que en su literatura entrega muchos de sus secretos psicológicos.—RICARDO A. LATCHAM.

<https://doi.org/10.29393/At164-33LDHO10033>

HORACIO, por *Alejandro Vicuña*.—Nascimento, 1938

Pocos años faltan para que la moral y el espíritu cristiano vengán a transformar el mundo, cuando nace Horacio, cuyo origen obscuro no obsta para que su destino llegue a alcanzar una situación de privilegio que envidian rabiosamente todos sus émulos de letras, que en su impotencia de llegar a la altura hasta donde Horacio se encumbra, lo hacen blanco de sus invectivas más terribles, acusándolo de plagiarlo, de adulator y falta de originalidad en sus concepciones artísticas imitadas de los griegos, según sus irreconciliables enemigos. Empero, el poeta, a quien herían muy hondo esos ataques, seguía burlándose cruelmente de aquellos, que no podían perdonar al hijo de un liberto nacido en el pequeño pueblo de Venusia, en la Italia meridional, el hecho de ser amigo de Mecenas, y del propio Augusto, el que un día lo llama para hacerlo su secretario, empleo que Horacio, amante de su tranquilidad y de su libertad, tiene el atrevido gesto de rehusar.

Todo esto que acabamos de explicar en la forma más breve que nos ha sido posible, lo hemos aprendido recién, en este hermoso libro de don Alejandro Vicuña, cuyo espíritu libre y desprejuiciado, no se arredra ante ningún obstáculo, a que su profesión religiosa pudiera inducirlo, pasa ahondar en todas las fuentes de información que le pudieran trazar, con vigoroso relieve, el retrato del poeta latino, a cuyas costumbres, en la época en que vivió, no podía hacérsele reparo alguno, pero que resultan poco ejemplarizadoras en los tiempos que vivimos.

Empero, ha primado en el señor Vicuña su responsabilidad de escritor, y su talento le ha impuesto las verdaderas normas que había de seguir, para trazar con pulso firme y penetrante mirada, el magistral retrato que hace de Horacio, poniendo de relieve sus cualidades de poeta y pensador; la inscontancia de su carácter y la poca consistencia de sus ideas. Pero todos estos detalles y contrastes eran de capital importancia para que surgiera del conjunto de ellos, esta imagen llena de color y animación, del hombre que, como dice con mucho acierto el señor Vicuña, condensa en su personalidad la grandeza y la miseria de Roma.

No ha seguido el señor Vicuña, en esta obra el sistema tan en boga en la actualidad, de biografías noveladas, que ha hecho conocidos del público, a autores como Strachey, y últimamente a Paleologue, Zweig, Maurois y Ludwig. Ha preferido ceñirse a la verdad histórica, ajustándose en todo momento a la exactitud de los acontecimientos. Son cuadros que están realizados en forma de medallones, cuyos rasgos firmes revelan un conocimiento de la época que realmente asombra, por la riqueza de los detalles; y por los certeros atisbos que se advierte con respecto a las costumbres de la Roma del paganismo, y la comprensión del espíritu de sus hombres. Cada capítulo es un medallón, o mejor dicho un óleo que mirado en la distancia, destaca nítidamente, la existencia de la época, con sus rasgos más salientes, y su grandeza más impresionante. Así también con sus momentos álgidos, como ese inolvidable capítulo titulado *Carpe Diem*, que en forma tan segura singulariza el espíritu de los romanos, amantes del momento presente, y de los placeres que el mundo podía ofrecer, pero que en el fondo nada positivo esperaban de sus divinidades, pues ellas eran más bien los genios protectores de su vida física. Cabe elogiar en el autor una condición admirable, y es que el personaje que da materia al libro, no se deshace, ni empequeñece, en aquel escenario prodigioso, por donde pasa la figura recia y

arrogante de Marco Antonio; la del espléndido y talentoso Mecenas, que hace triunfar, y más que eso, forma la personalidad de Augusto, aún cuando algunos de los consejos, que da a éste, le cuestan después hartos caros. Horacio, en medio de esa grandeza, y turbulencia de ambiciones, es siempre el punto de atracción en quien el lector fija su atenta mirada. Sigue el poeta componiendo sus sátiras para burlarse de los hombres y de las costumbres de la época, o sus odas para cantar las grandezas del imperio, o las virtudes y espléndidas generosidades de sus amigos, entre quienes Mecenas, es durante toda su vida el que ocupa el más alto sitio, en su estimación aun cuando fuera Virgilio, el cantor de la vida campesina, quien lo lleva por primera vez, a la suntuosa mansión del Esquilino, en donde el poeta se encuentra frente a Mecenas, a quien sólo atina en esa ocasión a decirle algunas palabras torpes y temblorosas de emoción y de ansiedad. El orgullo que el hijo del liberto, tenía puesto en su talento, no le dió la suficiente energía y altivez para mostrarse de igual a igual, ante aquel príncipe del ingenio y de la fortuna, que era a la vez, el amigo más íntimo del Señor Mundo.

Pero muestra su orgullo y su egoísmo, cuando un compañero de letras, que le cruza el paso, mientras va camino del Esquilino, le ruega lo presente al potentado, para así, por este medio lucir sus aptitudes literarias. Horacio en esa oportunidad se burla despiadadamente de su colega. No es en este momento, el pensador que expone sus reflexiones sobre la existencia humana, en un lenguaje impregnado de serenidad, y envuelto en el soplo armonioso de su poesía. Y es que en algunas de sus páginas dice: «quien envidia la suerte de otro, cobra odio a la propia situación. La culpa está en nuestro corazón del cual no podemos arrancar». Su odio a la mediocridad por una parte, su vanidad por otra, y también su egoísmo, le hace zaherir sin compasión a aquellos que tratan de encumbrarse sin tener los debidos merecimientos. Su sueño de ser uno de los

contertulios de la mansión del Esquilino, no llegó a manifestaciones humillantes, Pero Virgilio y Vario, no se lucen con él en aquella primera presentación en la cual Mecenas no da a conocer su impresión sobre el poeta, hasta que nueve meses después, lo vuelve a llamar él mismo, para iniciar desde ese día una amistad, que sólo ha de terminar con la muerte.

En lo que respecta a la vida privada del poeta, vemos que éste no se sustraía a las costumbres de su tiempo, que se singularizan por su torpe materialismo y su depravación en los usos sexuales. El mismo Horacio se tilda de «Porcus Epicuri» (Puerco de Epicuro) mas, como bien dice el autor de este libro, no se le podía hacer cargo alguno de inmoralidad, «si colocado en su propio ambiente, se le estudia a la luz de las ideas y las costumbres reinantes en su época». Jamás el amor de una mujer, llega a agitar su corazón, ni a quitarle el sueño. No vienen a embellecer sus relaciones sexuales con las mujeres que fueron sus amantes, ni la ternura ni el ensueño. Cuando más, se jacta en sus recuerdos, de su capacidad física para el goce sexual. «En otros tiempos—dice el poeta—fuí diestro en las lides del amor, y no sin gloria luché en estos combates». Sin embargo cae en excesos de sentimentalismos—ridículos y grotescos para nuestros días—al evocar el recuerdo de uno de los efebos a quienes amó, cuando éste le abandona definitivamente.

La lectura de este libro del señor Vicuña, es sin lugar a dudas de un interés que no exageramos en calificar de apasionante. La existencia en la Roma de aquel tiempo, plagada de hechos trascendentales, de sorpresas, de altos y bajos en la política, y en el destino de sus grandes guerreros y gobernantes, constituye el más portentoso escenario que ha ofrecido la Humanidad en su marcha hacia el porvenir. Y en medio de la relajación de las costumbres y de la tempestad de las pasiones y ambiciones, es impresionante constatar cómo aquella sociedad, en sus clases directivas, y en su aristocracia, supo valorizar el genio, en su irradiación espiritual. La misma respues-

ta que el propio César le da a Horacio, cuando le ofrece un puesto a su lado, que el poeta se niega a aceptar, confirma esta apreciación: Acaso tienes vergüenza—le pregunta el Emperador—de que sepa la posteridad, de que los dos hemos sido amigos?

Y aunque ante aquella tremenda pregunta, el poeta tiene la audacia y la valentía de persistir en su negativa, es años más tarde nombrado Poeta Oficial, para cantar las virtudes y grandezas del régimen, aunque ya en ese tiempo se burlen de él, y en los salones y en las multitudes triunfe ahora el nombre de Ovidio, que tiene resonantes éxitos amorosos, siendo la propia Julia, hija del Emperador y mujer de Agripa una de sus amantes.

Hemos tratado de dar así al desgaire, una somera idea, del contenido de este magnífico libro, realizado con elementos humanos de tan alta significación histórica, y de mostrar una parte de la emoción que lo estremece, y hace vibrar esa realidad histórica, con el signo de la belleza y la elocuencia, que sólo el arte y el verdadero talento son capaces de dar.—LUIS DURAND.

POESIA JOVEN O POESIA NUEVA

Oscar Castro y su CAMINO EN EL ALBA

Tenemos en Chile muchos poetas jóvenes, y, en cambio, pocos maduros. De esto resulta, a la postre, que tenemos pocos verdaderos poetas.

Parece que la inconstancia y la falta de laboriosidad mantenida, influyen en esta condición y, además, y principalmente, el cambio brusco que experimenta la mentalidad de los jóvenes cuando se endurecen dentro del marco de hombres.